

Prólogo

El Flechazo de San Ignacio

Cuando me asomé al libro de Ignacio Villamერიel lo hice con intención de echarle un vistazo previo de manera tangencial antes de meterme de lleno en su lectura. Pero tengo que reconocer, en honor a la verdad, que me atrapó. Una vez que le puse el ojo, me lo leí de un tirón. Sin duda, su estilo ágil, ameno y desenfadado, tuvo mucho que ver en esa decisión. Luego me pareció una contradicción. Lo había devorado sin etapas, sin escalas, cuando lo que te pide es una lectura pausada en línea a la doctrina ignaciana. Meditar despacio. Como lo hacía aquel vasco universal, aquel santo universal. Me cuesta abandonar la velocidad que imprime el periodismo, una apasionante profesión que ha dado sentido a mi vida. En ese ámbito conocí a Ignacio Villamერიel. Como alumno en mis clases del Máster del periódico El Correo y la Universidad del País Vasco. El periodismo era urgencia, inmediatez, estrés. Todo era para ayer. Ahora, aquel estudiante aventaja-

do ha traspasado la delgada línea que separa al periodista del escritor. La aventura que deja poso, la reflexión, la paz. Todo puede ser para mañana. O para después.

El libro de Villameriel no sólo es un cuaderno de viaje. Es un cuaderno de bitácora donde han quedado registradas todas las incidencias de su peregrinaje. Es una 'road movie' que ha capturado en un guión paisajes y paisanajes, historias humanas. Eso también es herencia de su formación como periodista. Se describen las aldeas, se fotografía la ruta y se perfilan los personajes. Desde Azpeitia a Manresa, pasando por el País Vasco, Navarra, la Rioja, Aragón y Cataluña: casi 650 kilómetros a cielo abierto.

El peregrino lleva todos los poros abiertos y se empaqueta de lo que acontece en cada etapa. Lo cuenta tal y como lo ha vivido. De sopetón. Sin artificios literarios o recursos novelísticos que adornen o fabulen la jornada de cada día. No hay que inventarse personajes. Aparecen en el camino. El panadero sacristán, la posadera, el voluntario del albergue, el alcalde, el agricultor, el novicio ... Gente sencilla y solidaria acostumbrada a la cadena de favores. La vida rural, casi siempre, es más placentera que la urbana. Sobre todo porque las relaciones humanas están menos contaminadas. El caminante va llenando su mochila de vivencias personales, de emociones, de pequeños detalles, como lo hizo Ignacio de Loyola en el libro que siempre le acompañaba. Puede ser una experiencia lúdica y puede ser una experiencia mística. O ambas cosas.

El autor cita con buen tino la obra ‘Ignacio de Loyola. Solo y a pie’, del historiador y teólogo José Ignacio Tellechea Idígoras, una biografía de referencia sobre el santo de Azpeitia. Es curioso, pero el profesor de San Sebastián acompañó hace ya unos cuantos años al cardenal Angelo Giuseppe Roncalli, que luego se convertiría en Juan XXIII, en una visita a España. Fue un viaje relámpago y a un ritmo galopante, que incluyó algunas etapas de lo que es el Camino Ignaciano. Tellechea trasladó aquella experiencia a un pequeño librito en el que relataba las incidencias de cada jornada, como ahora lo ha hecho Ignacio Villameriel.

Me permito apuntar que hace muy poco tiempo leí otra biografía espectacular sobre Íñigo de Loyola, firmada por Enrique García Hernán, doctor por la Universidad Complutense de Madrid y la Gregoriana de Roma, al igual que Tellechea. He vuelto a recuperar ahora el capítulo en el que se refiere a su caminata hacia Monteserrat y a su apertura de corazón en Manresa antes de conquistar Roma para poder quedarse en Jerusalén. Cuenta que Íñigo iba vestido como caballero, con sus armas y con su vida pasada a cuestas. En Arantzazu, pulmón espiritual de los vascos, veló durante horas a la Amatxu. Hizo el voto de castidad. Era una forma de decir que ya no había vuelta atrás.

Al final de su camino cambió sus atuendos y tomó las armas de Cristo. Se estaba produciendo la gran mutación. Íñigo estaba llamado a grandes empresas. Fundó

la Compañía de Jesús, una de las órdenes más poderosas e influyentes de la Iglesia católica. Quién se lo iba a decir cuando salió de la vega del Urola. En otra vega, la del Cardoner, la historiografía jesuita sitúa el arranque de sus famosos Ejercicios y el de la misma Compañía, según escribe el profesor García Hernán. No cabe duda de que Íñigo de Loyola lo llevaba ya en la cabeza y en aquel viaje lo maduró. Las vegas de los ríos, las trochas de los caminos, los bosques y los páramos invitan a mirar hacia el interior de cada uno, a pasar revista a nuestra vida y chequear nuestra cuenta de resultados. Seguro que hay algún ‘agujero negro’, seguro que hay algún ‘número rojo’ que saldar. El Camino Ignaciano es una oportunidad.

No es una guía oficial, es una guía personal. Ignacio Villameriel aplica un estilo muy libre a la hora de formar un relato que le tocó el corazón. Antes se decía que el periodista es notario de la realidad, pero también es cierto que debe implicarse un poco. «Un hombre sin espíritu está acabado», le escucho de fondo a un Clint Eastwood que hace de predicador justiciero en una western de buenos y malos. Pues el espíritu carbura mejor con un poco de ejercicio. Y la ruta se hace dura por momentos. El peregrino también se mete de lleno en su papel y logra meternos en el camino. Se nota que recopiló mucho material. Luego lo vertió en el alambique y el resultado de la destilación es un libro de gran factura.

Se trata de una obra que responde al auge que están tomando los caminos santos y que se anticipa a unas efe-

méridas que contribuirán a su realce. En 2021 se cumplirán 500 años de la conversión de Ignacio de Loyola. También se celebrará el medio siglo del Camino Ignaciano y su segundo Año Jubilar. Coincide con el Año Santo Compostelano, el tercero del siglo XXI, y se volverá a abrir la Puerta santa. No se puede hablar de competencia entre un camino y otro, pues cada uno tiene sus propios alicientes y se complementan. Incluso se entrecruzan físicamente en algunas zonas, como en Navarrete. Todos dejan huella. El relato que nos ofrece Ignacio Villameriel también. Un viaje así nos tiene que marcar de alguna manera. Las flechas naranjas que jalonan el itinerario son un símbolo. Y al final se produce el flechazo con el espíritu de San Ignacio. Pero esa es una credencial que tiene que sellar cada uno.

PEDRO ONTOSO
Periodista y sociólogo